

BLEST GANA, ALBERTO (1830 - 1920)

UN DÍA DE CAMPO

I

En el interior de una casa de la calle Ahumada, un joven se hallaba en una pieza pequeña, sentado delante de un escritorio. Después de arrojar el resto de un cigarro que humeaba entre sus dedos, tomó la pluma y se puso a escribir lo siguiente:

"Querido Pablo:

"Al fin vamos a vernos, después de tan larga separación. Con esta idea vienen en tropel a mi memoria los alegres juegos de nuestra niñez y los amores fugaces de colegio: vuelvo a estar contigo, en una palabra, y recorro una a una las horas felices de nuestra fraternal amistad.

"A todo esto se me olvidaba decirte el objeto de mi viaje, que te comunicaré en dos palabras: voy, encargado por mi padre, a entregar la hacienda al nuevo arrendatario, y como no me acomodaría vivir solo en ese viejo caserón donde he pasado mi niñez, voy a pedirles a Uds. hospitalidad por algunos días.

"Da un abrazo en mi nombre a la buena tía, otro al selvático Antonio y tú, mi querido

Pablo, recibe uno muy cordial de tu amante primo.

Emilio".

Esta carta llevaba la fecha del 23 de octubre de 1834.

El joven que acababa de escribirla salió al patio después de cerrarla y la entregó a un hombre que esperaba al lado de un caballo ensillado con el avío clásico de los campos.

II

Tres días después, el hombre que había recibido la carta se bajaba delante de una casa de campo de pobre apariencia, situada en la provincia de Colchagua.

Después de acomodar las riendas de su cabalgadura con ese cuidado por sus arreos de viaje que distingue a nuestros huasos, el viajero penetró en una pieza en la que se veían tres personas: una mujer que parecía rayar en los cincuenta años, y dos jóvenes, entre los

cuales habría sido muy difícil conocer una diferencia en la edad; pues ambos aparentaban tener de veinticinco a veintiséis años cuando más.

En la figura de la mujer no resaltaba nada de notable. Cierta melancolía de la mirada, cierto tinte de tristeza que reinaba en su persona, eran indicios que sólo a un observador muy avisado y perspicaz habrían servido para adivinar los pesares que amargaban aquella vida oscura, dejando apenas un rastro en el semblante como tan a menudo acontece. El dolor es un huésped sombrío que las más veces gusta de aposentarse en el alma, sin revelar al exterior su devastadora existencia.

Entre los dos jóvenes sentados junto a la señora se veían notables y muy marcadas diferencias.

El uno, bien que vestido con el desaliño natural a la vida del campo, revelaba en su porte, en la elegancia y finura de sus movimientos, al hombre que en medio de las sociedades y por una educación esmerada, ha recibido la gracia que sabe conquistarse irresistiblemente las simpatías de todos. Veíase además en sus cabellos negros desarreglados con arte, en sus ojos embellecidos por una expresión indefinible de dulzura, en las formas de su cuerpo delgado y vigoroso, cierta elegancia natural, que decía bien claro que aquel joven no había vivido siempre entregado a las duras fatigas de las tareas campestres.

El otro formaba en toda su persona un singular contraste con aquél. Sus miradas revelaban la indomable fuerza de voluntad que jamás retrocede: los labios abultados, la espesa barba desgreñada y áspera, las pobladas cejas, habitualmente contraídas, quitábanle la gracia, natural de la juventud, imprimiéndole el sello que las pasiones fuertes hacen, casi siempre, contraer a los músculos del rostro.

Cualquiera que hubiese tenido que dirigirse por casualidad a uno de estos dos jóvenes, habría elegido maquinalmente al primero.

A la entrada del viajero, las tres personas volvieron la vista hacia la puerta. El huaso avanzó en las puntas de los pies, haciendo que el ruido de sus espuelas se apagara por medio de esa precaución, y tomando su sombrero con una mano, pasó con la otra la carta a la señora, mientras que con la que sostenía el sombrero llevaba hacia

atrás un indómito cadejo de pelo, que cayó sobre su frente apenas le faltó el apoyo que lo sostenía.

—Señor don Pablo Reina, —leyó la señora en el sobre, pasando la carta al primero de los jóvenes que describimos.

Este tomó la carta y, abriéndola, echó la vista sobre la firma.

—¡Ay, madre —exclamó lleno de alegría—, es de Emilio!

—¿A ver qué dice? —exclamó la señora, en cuyo semblante brilló también un rayo de contento.

—Mañana estará aquí, viene a entregar la hacienda —exclamó Pablo, levantándose radiante de felicidad—. Le manda un abrazo, madre, —añadió—, y otro a ti, Antonio.

—¡Cuanto me alegro! —dijo la señora.

Antonio pareció hacer un esfuerzo para dibujar en sus labios una sonrisa, encendió un cigarro y salió sin decir una palabra.

III

Los dos jóvenes, Antonio y Pablo Reina, componían con la señora, a quien este último dió el nombre de madre, la pequeña familia que habitaba la casa de campo, a la que hemos introducido al lector.

El padre de estos jóvenes, muerto cuando el mayor de ellos contaba apenas diecinueve años, había legado por toda fortuna a su familia una hijuela de trescientas cuabras en el departamento de San Fernando. En aquellos tiempos, esa extensión de terreno estaba muy lejos de tener el valor que en el día han alcanzado los fundos rústicos, con el progresivo aumento de la riqueza del país. Así es que la familia de don Pedro Reina, el padre de los jóvenes, quedó a su muerte reducida a un estado de pobreza vecino de la indigencia.

Hasta entonces doña Manuela Esteros la madre de los jóvenes, y Antonio, el mayor de ellos, habían acompañado a don Pedro en sus trabajos de agricultura, mientras que Pablo estudiaba en calidad de externo en el Instituto de Santiago y vivía en casa

de los padres de Emilio Reina, su primo hermano. De manera que Pablo, el hijo mimado, participaba de la ventajosa posición de su tío, mientras que Antonio se vió desde la niñez reducido a los duros trabajos de una vida expuesta a las inclemencias del tiempo. Esta desigualdad establecida por los padres en la condición material y moral de los dos hermanos, desigualdad muy común en la existencia de las familias, había arrojado desde temprano entre los dos jóvenes el germen de un odio sombrío, que, andando el tiempo, habría de producir fatales e irremediables resultados.

Los rencores desarrollados a la sombra del hogar doméstico son la base de mil dramas íntimos ignorados por el mundo, pero que refluyen sin duda contra el bienestar de la sociedad en general.

Antonio veía llegar a su hermano todos los años en la época de las vacaciones, vestido con la elegancia del joven santiaguino que ya pasea en la Alameda y gusta pasar en los días festivos por las puertas de calle, donde las niñas que aspiran a ser grandes, establecen con los que pasan un fuego de ojeadas, que no pocas veces acaba por rendir a

ambos combatientes. Además, Pablo era festejado por los padres con aquella ternura que resuena dolorosamente en el corazón de los hijos abandonados, y mientras él los extasiaba con el franco y afable cariño del hijo preferido, Antonio sentía aumentarse en su pecho la honda y constante melancolía que infunde la conciencia y acaso la previsión de un porvenir sin amor y sin alegría.

A la muerte de don Pedro, Antonio sintió que la naturaleza, privándose del cariño de sus padres, le había revestido de la suprema autoridad en la familia. Su voluntad, hasta entonces reprimida por el respeto a su padre, se armó de la dureza que le era propia y resolvió hacer triunfar sus deseos, ya que su cariño había sido injustamente desdeñado.

Un día, cuando el dolor había calmado en su madre la fuerza de sus primeros ataques, Antonio entró en su cuarto y comenzó a pasearse con el aire concentrado de un hombre a quien preocupa una idea única, haciéndole indiferente a todo lo que pasa en derredor suyo.

Doña Manuela notó al instante la preocupación de su hijo y pareció adivinar la idea que se agitaba en su mente.

—Me he ocupado ayer todo el día, —dijo el joven continuando sus paseos—, de arreglar las cuentas de mi padre, y vengo a decirle que, lejos de poseer algo, nos hallamos debiendo seis mil pesos.

Doña Manuela bajó la vista sin contestar una palabra, y Antonio, después de esperar una respuesta, continuó:

—Creo que ha llegado ya el momento de reducir nuestros gastos en cuanto sea posible, para cubrir esa deuda.

—Me parece, —se aventuró a decir la señora—, que no se puede vivir más económicamente que lo que hasta ahora lo hemos hecho.

—Bien lo sé —replicó Antonio—; pero no basta la economía de la casa, es preciso suprimir todos los gastos superfluos y que mi padre, contando con más larga vida, creía hallarse en posición de hacer.

—¿Qué gastos? —preguntó doña Manuela.

—Los que origina la educación de Pablo, —dijo resueltamente el joven, atacando de lleno la cuestión—. Me parece que Ud. encontrará muy justo que él venga también a contribuir con su trabajo, en vez de estar gastando lo que no tenemos. Piénselo Ud. bien, —añadió sin esperar una respuesta—; mañana voy a enviar un mozo con caballos a Santiago para que pueda venirse y creo que Ud. debe escribirle también como yo lo hago, manifestándole la necesidad de esta medida.

Tras estas palabras, Antonio salió del cuarto de su madre, dejándola entregada a su dolor y a sus lágrimas.

Doña Manuela pasó toda la noche de aquel día entregada al más intenso sentimiento. Cortar la educación de Pablo, sobre quien se hallaban cifradas sus únicas esperanzas, era para ella una resolución casi superior a sus fuerzas; pero al propio tiempo conocía la indomable voluntad de su hijo mayor y, bien que un tanto cegada con su preferencia por el otro, sentía en el fondo de su conciencia la amarga justicia de las pocas observaciones que acababa de hacerle.

Al día siguiente, como Antonio lo había anunciado, un inquilino de la hacienda salió para Santiago llevando cartas para Pablo y caballos para hacer el viaje.

Ocho días después, la madre se encontraba con sus dos hijos en su pequeña hijuela y Pablo, abandonando los hábitos de la vida estudiosa y sedentaria que hasta entonces había llevado, se entregaba, con el ardor de la juventud, a los trabajos que representaban su único porvenir.

IV

Desde entonces se estableció entre los dos hermanos una serie continua de parciales desavenencias, que debía convertir en abismos profundo la distancia que desde la niñez los separaba. Esas dos opuestas naturalezas, entregadas al choque incesante de la vida de familia, fueron encontrándose poco a poco por todos los puntos salientes de su carácter, haciendo estallar el rencor por una parte y la impaciencia por otra, por los gustos y por las antipatías y depositando en el alma de cada uno cierta hiel, que, desarrollada en la estrecha esfera de una vida monótona, cobraría al fin proporciones increíbles.

Doña Manuela siguió la marcha del odio que animaba a los dos hermanos, con el sentimiento y previsión profundo de la madre, sin poder jamás desprenderse de su preferencia por el menor; de aquí la imperceptible melancolía de su rostro, en el que los tintes sombríos de su intenso pesar se hallaban templados por la tranquilidad de una existencia oscura y entregada a la práctica constante de virtud.

Esta vida, con sus rencores y su melancolía continuos, duraba ya cerca de ocho años. Los cabellos de la madre habían encanecidos en ese tiempo y los dos niños se hallaban transformados en los hombres cuya descripción ligera dejamos hecha.

Tal era el estado de la pequeña familia olvidada en un rincón de una lejana hacienda, cuando llegó a la casa Emilio Reina, el joven que dirigió a Pablo la carta con que dimos principio a nuestra narración.

Corría, como dijimos, uno de los últimos meses del año de 1834.

Emilio fué recibido con la cordialidad digna de aquellos tiempos de hospitalaria memoria, tiempos en que la civilización no había establecido aún esa política reserva que, aún entre miembros de la misma familia, se va haciendo común en nuestros días de progreso.

Pero la acogida de cada uno de los hermanos se resintió naturalmente del carácter y sentimientos que les distinguían: Pablo se arrojó en los brazos de su primo con el

placer del que estrecha en un abrazo al hermano largo tiempo ausente, y Antonio se limitó a pasarle su mano, pero con una sonrisa que revelaba que en su alma la amistad era todavía una creencia.

Tras esto siguiéronse las sabrosas conversaciones de los recuerdos, campo en que el alma del hombre se explaya siempre con placer, como si conociendo la avaricia de la suerte, quisiese contar siempre los goces pasados, para ponerlos en lugar de los que pudiera desvanacer el porvenir.

Dadas las once de la noche, hora avanzadísima en los campos y en aquellos tiempos sobre todo, Pablo condujo a Emilio a su propio cuarto, en donde le había hecho preparar una cama.

—Sabes —dijo Emilio—, que me da pena verte así en el campo, abandonando tus antiguas esperanzas.

Pablo dió un suspiro.

Cierto que al principio he sufrido mucho —contestó— pero te aseguro que si ahora no soy enteramente feliz, no me encuentro, a lo menos, desgraciado.

—No importa; la conformidad es una virtud, pero no constituye la dicha: tú has nacido para otra vida más intelectual que ésta, vente conmigo a Santiago.

—Imposible.

—Imposible, ¿por qué? No me obligues a decirte que no tendrías que pensar en gastos.

—Gracias, pero es imposible, a lo menos por ahora.

—No te comprendo, ¿quién te lo impide?

—Te haré francamente una confesión: estoy enamorado.

—¡Aquí!, ¿de quién? ¿De alguna huasa?

—¿Tú no recuerdas la familia de la hacienda vecina?

—Ah, tienes razón, no me había acordado de Paulina Mendibel; pero te diré una cosa, ya que tan franco te muestras.

—¿Cuál?

—Que te compadezco: el padre es de una avaricia proverbial.

—Y yo soy pobre, ¿no es verdad?

—Precisamente; lo que quiere decir que no serás admitido como candidato.

—Pero eso no quita que pueda ser amado.

—Es cierto. A ver, cuéntame esos amores, ya que por mi parte ninguna confianza tengo que hacerte.

—Conocí a Paulina el año pasado, —dijo Pablo— cuando el padre compró la hacienda y vino a establecerse aquí con la familia. Antonio y yo hicimos nuestra primera visita a título de vecinos y las continuamos después en calidad de vecinos y de amigos. Tú conoces el carácter de Antonio. En esas visitas poco hablaba; de manera que yo tenía que hacer todo el gasto de la conversación; más poco a poco la intimidad fué estableciéndose a tal punto que la noche que no íbamos, yo me sentía triste y aún inquieto. Desde entonces abandoné mi idea favorita de volver a Santiago, y Paulina, en diversas conversaciones, me manifestó igual gusto por la ida del campo, que en los primeros meses parecía desesperarla. Esta simpatía de gustos, como bien adivinarás, hizo más frecuentes y más íntimas nuestras conversaciones, hasta que llegamos a esas confianzas del corazón con que los amantes principian por decirse indirectamente lo que sienten. Te ahorraré la pintura de mi alegría, cuando Paulina, llena de timidez, me hizo comprender que correspondía a mi amor. Durante algunos meses fuimos completamente felices, pues vivíamos de nuestros juramentos, como si guardásemos el secreto de una dicha perfecta e inalterable: ¡tú sabes que los horizontes del amor platónico son inmensos!

"Nada de más expansivo, además, ni tan dispuesto a tiernos sentimientos como un enamorado feliz. Así me sentía yo después de la confesión de Paulina, de modo quise borrar con una prueba de cariño, la distancia que el carácter de Antonio había puesto entre nosotros. Lleno de confianza y olvidando nuestros repetidos disgustos, quise anudar el lazo de nuestro cariño, roto tantas veces, y establecer con él esa intimidad de hermano, que el mismo amor no puede reemplazar en ciertas ocasiones.

"Un día que nos hallábamos solos, después de comer, quise realizar mi propósito.

"Sabes, —le dije, con el acento más cariñoso que pude encontrar en mi voz—, que tengo una confianza que hacerte.

"Al oír mis palabras, se levantó del sofá sobre el que se había recostado a fumar y me miró con una expresión de cariño, que nunca había yo visto pintarse en su rostro. Hubiérase creído que su alma despertaba de repente de un sueño fatigoso y sonreía ante una halagüeña realidad.

—"¿A mí? —exclamó.

—"¿Por qué no a ti que eres mi hermano? —le dije—, ¿puedo tener mejor amigo que tú?

—"Bueno, bueno, —contestó confuso, cual si hubiese tomado mis palabras como un reproche dirigido a su constante terquedad—; confiándome algo, me darás una prueba de cariño; ya te escucho.

—"Te has fijado en mis conversaciones con Paulina —le pregunté.

"Su semblante se puso pálido y toda la sangre pareció agolparse a sus ojos.

—"¿Por qué me haces esa pregunta? —me dijo con voz apagada.

—"Porque quiero decirte que la amo.

—"¿Y piensas que tú solo tienes derecho de amarla? —exclamó levantándose.

—"A lo menos —le contestó, picado del tono de su exclamación—, creo que tengo más derecho que tú.

"Sus manos se crisparon de cólera y sus ojos circundados de sangre, brillaron con un fulgor sombrío y aterrante.

—"Sí, tienes más derecho que yo —me dijo principiando a pasearse, también siempre has tenido derecho de ser feliz a costa mía. En verdad, no sé por qué nacimos hermanos, cuando la suerte nos destinaba para enemigos. Tú amas a

Paulina, me dices; pues bien, yo seré franco como tú: yo también la amo y he resuelto que sea mía, ¿entiendes?, lo he resuelto.

"Y diciendo esto, me dejó solo, sin esperar mi respuesta.

"Al día siguiente de esta conversación nos hallamos como de costumbre, en casa de Paulina. En todo el día Antonio y yo no nos habíamos visto. Cada vez que conversaba con ella y alzaba por casualidad la vista, encontraba la mirada de mi hermano fija sobre nosotros, brillando con ese fulgor sombrío que me mostró al querer yo hacerle la confidencia de mi amor.

"Varias semanas pasaron de este modo. Paulina había notado también la extraña expresión de Antonio, que casi nunca le dirigía la palabra; esa expresión, me decía a veces, le causaba un indecible terror.

"Por otra parte, en nuestro amor, tras los juramentos vinieron los proyectos: entre éstos, se deslizó la palabra matrimonio, que nunca me había atrevido a pronunciar, y que Paulina acogió con un placer franco y sincero, que me probó la realidad de su amor. Venciendo la timidez que me inspiraba mi pobreza y la gran fortuna del padre de Paulina, me dirigí resueltamente a él y le impuse de nuestro amor y mis proyectos, solicitando la mano de su hija. La respuesta que obtuve fué también de una franqueza desesperante.

"Amigo, —me dijo este hombre, haciéndome bajar la vista con la insolencia de su mirada—, mi hija aunque será rica, no lo es todavía, por consiguiente necesita un marido de fortuna para no descender de la posición que por mi trabajo le he dado. La hijuela que Uds. cultivan, apenas daría para comer a uno solo y mucho menos a su madre de Ud., a su hermano, y a la familia que Ud. tendría. Siga un buen consejo, que le doy por amistad: no piense en casarse hasta que sea rico.

"Ante la fría lógica de aquella redonda negativa, basada en un cálculo aritmético, mi voluntad y mi espíritu se sintieron sin energía, como sin argumentos. Los idilios de mis ensueños amorosos vinieron por tierra, como las flores de un jardín que los muchachos se divierten en destrozarse con el primer palo que encuentran a la mano. Sin sentirme humillado, vi que era preciso ceder a la omnipotente majestad del dinero y me retiré culpando sólo al destino, que me negaba mi primera y más ardiente ambición.

"En la noche no quise presentarme en casa de Paulina y al día siguiente me preparaba a imponerla, por medio de una carta, de las razones que me desterraban de su lado, cuando recibí una de ella en la que, a la más tierna inquietud, venían unidas las solemnes protestas de una eterna constancia. Mi contestación fué contándole mi entrevista con su padre y la redonda negativa que había recibido.

"Desde entonces quedó establecida nuestra correspondencia que dura hasta ahora. Desde entonces también sólo dos veces he podido hablar con ella, cuando la he encontrado paseando a inmediaciones de la casa, acompañada por una mujer vieja, sirvienta antigua de su familia.

"Paulina, en sus cartas, me da cuenta, una por una, del empleo que hace de las horas del día, teniéndome al corriente de todo lo que acontece en su casa y que puede interesar a

nuestro amor. Hace pocos días noté en su correspondencia una tristeza que rayaba en reserva, y conjurándola, en nombre de sus juramentos, a que me hiciese saber la causa de aquel cambio, me confesó que Antonio le había declarado su amor y habládola de mí con menosprecio y desdén. Luego después, me anunció que mi hermano se había retirado de su casa, cuando ella le había dicho que me amaba, jurando que nunca me pertenecería. Este juramento, me decía Paulina, fué hecho con una expresión de rabia, que a todas horas se presentaba a su memoria, como el recuerdo de una pesadilla horrorosa.

"Desde aquel día nuestros disgustos y rencillas con Antonio han sido cada vez más agrios y frecuentes, hasta el punto de no vernos nunca, sino a la hora de almorzar y comer, en presencia de mi madre.

"Pero hace tres días, este género de vida cercado de contrariedades y pesares domésticos, sin más placer que las cartas de Paulina y la esperanza de verla, ha cambiado repentinamente. Paulina me anunció que su padre, sintiéndose enfermo, acababa de arrendar la hacienda y que había ordenado hacer los aprestos para marcharse a Santiago. Bien pensarás que ese golpe inesperado fue para mí terrible: la idea de perder a Paulina hizo cruzar por mi cerebro mil siniestros proyectos, en los que imperaba el más profundo desprecio de la vida. Parecíame que en Paulina todos mis afectos se habían concentrado, y sentía que perderla era el principio de una agonía atroz, que en breve cortarí mi vida.

"Mi respuesta a la carta de Paulina fué naturalmente en ese sentido: en ella apuré los colores más sombríos de mi desesperación, sin ocultarle mis fatales presentimientos, ni las probabilidades de que pudieran realizarse. Paulina me escribió, entregada a la más desesperante inquietud. Cada frase de su carta respiraba la abnegación del amor verdadero, encendido y aumentado por los obstáculos; amor que desconoce los sacrificios para arrostrarlos con la sonrisa en los labios, como la fe religiosa daba fuerza a los mártires para sufrir los tormentos y la muerte. Para ella, como para mí, nuestro amor era la vida: sin él preferíamos morir.

"A la lectura de esta carta me resolví a emplear el único expediente que nuestra angustiada situación me sugería, y le propuse la fuga, diciéndole que iríamos a casarnos a San Fernando a casa de un amigo, de cuya fidelidad no puedo dudar. Mi propuesta ha sido aceptada, no sólo con resignación, sino con placer, y como pasado mañana es el día fijado por su padre para emprender el viaje a Santiago, nuestra fuga está convenida para mañana en la noche.

—¿Y has pensado bien —dijo Emilio— en el paso que vas a dar?

—¿Y qué hacer? —replicó Pablo—, yo puedo resolverme a todo, menos a dejarla partir.

—Pero tienes que abandonar a tu madre.

—Será por poco tiempo; cuando me haya casado, volveré con Paulina.

—¿Y su padre?

—¡Qué me importa! Él arreglará sus cálculos como pueda y sufrirá las consecuencias de su ambición.

VII

A la noche siguiente de esta conversación, los dos hermanos, la madre y Emilio se hallaban en la pieza que servía de comedor. Doña Manuela tomaba mate sentada en un rincón del cuarto, mientras que Pablo y Emilio conversaban a su lado. Antonio se paseaba fumando, sin tomar parte en la conversación. En aquellos momentos había algo de solemne y sombrío en el cuadro que formaban estas cuatro personas. La escasa luz que alumbraba la estancia dejaba caer sus pálidos rayos sobre el rostro melancólico de la señora y parecía eclipsarse ante el fuego de las miradas que, al dar vuelta en sus paseos, lanzaba Antonio sobre su hermano y su primo. La

conversación, además, era fría y trabajosa, como la de personas que hablan preocupadas de ideas distintas a las que van emitiendo con distracción.

Así llegaron hasta las diez de la noche, hora en que doña Manuela se retiró a su cuarto, y Emilio hizo serías a Pablo de retirarse también. Este salió dejando a su primo solo con Antonio, que había tomado un asiento a distancia.

—Primo —dijo Emilio, rompiendo el silencio—, desde ayer tengo deseos de hablar a solas con Ud.

—¿Sí? ¿Y sobre qué? —contestó Antonio, como sacudiendo alguna idea que parecía dominarle.

—Sobre varias cosas —replicó Emilio—, que pueden resumirse en una sola: desearía ver en sus relaciones con Pablo ese amor de hermano que echo de menos.

—Ese amor de hermano —exclamó Antonio— ha muerto en mí cada vez que ha querido renacer. ¿Quién tiene la culpa? Dios sólo lo sabe. Hay, sin duda, primo, naturalezas desgraciadas, que la providencia o quién sabe quién, destina fatalmente a una lucha perpetua: la mía es una de éstas. ¿Cree Ud. que mi corazón no ha sentido jamás la necesidad de un afecto? Una sola confesión de mi parte le dará la respuesta: yo he devorado los libros de Pablo y hecho gala de mis conocimientos, para que nuestros padres viesan que yo también quería conquistar su cariño aun cuando ellos pareciesen querer negármelo. Sin embargo, de todo esto, nada he logrado, cuando sentía en mí irresistibles impulsos hacia esa vida tiernos sentimientos sólo podían endulzar la soledad a que me he visto condenado desde mi infancia. Ahora ya es tarde. He querido buscar en una mujer toda esa dicha que me huía con los otros, y esa mujer ha preferido también a Pablo; ya ve Ud. que entre nosotros toda reconciliación es imposible, porque yo también amo a Paulina, y he jurado que si no llega a ser mía, no será de nadie. ¡Alguna vez siquiera me he de dar el placer de realizar mi deseo!

Antonio, que había principiado a hablar con un tono de reconcentrado tristeza, se animó por grados hasta temblar de emoción al decir su amor a Paulina.

—Vea Ud. —dijo después de una ligera pausa— cómo Pablo ha sido desde nuestros primeros años el ser con quien siempre me han comparado deprimiéndome; yo he buscado el modo de hacerme superior a él en cuanto he podido y en muchas cosas lo he logrado. El no me aventaja en ningún ejercicio del cuerpo y nunca se atreverá a arrostrar mi cólera, porque lo quebraría como a un niño. Es verdad que él me ha vencido hasta ahora en el amor, pero yo sabré vencer al destino; voluntad y energía me sobran.

Y al decir estas palabras, empezó a reírse de un modo extraño y forzado, que heló la sangre de su primo.

—Todo lo que Ud. me ha dicho —dijo Emilio— prueba sólo que Uds. no se han entendido hasta ahora, pero que pueden amarse.

—Vea —replicó Antonio, interrumpiéndole—, dejemos esta cuestión, porque ella me afecta demasiado. Si Pablo renunciase a Paulina, desde ahora mismo, ¿me entiende Ud.?, en el acto, tal vez nuestro porvenir sería más feliz. De otro modo tendremos que conformarnos con nuestro destino. Buenas noches, primo.

Los dos jóvenes se separaron y Emilio se dirigió al cuarto de Pablo.

—Es intratable —dijo al entrar—; creo que nunca se alcanzará nada de él.

—Lo siento —murmuró Pablo—: al dar el paso a que me preparo, hubiera querido reconciliarme con él.

Emilio se guardó bien de decir la condición que Antonio imponía para olvidar su rencor.

—Creo que la hora ha llegado —dijo Pablo, tomando su sombrero y un par de pistolas que había dejado sobre una silla.

—Yo te acompaño —le dijo Emilio.

—Para qué, solo estoy bien.

—En lugar de llevar un hombre cualquiera, irás conmigo.

—Vaya, si tú te empeñas: gracias.

Emilio tomó su sombrero y ambos salieron, dirigiéndose detrás de la casa, en donde había tres caballos ensillados, que un hombre sujetaba por las riendas.

—Bien está, déjanos los caballos —dijo Pablo a este hombre.

Los dos jóvenes montaron, y tomando Pablo la brida del tercer caballo, se pusieron a galopar en dirección a la casa que habitaba Paulina.

VIII

Eran ya las dos de la mañana.

La noche, sin ser de luna, tenía bastante claridad para dejar distinguir los objetos a una distancia considerable.

El silencio de los campos era profundo y sólo interrumpido de cuando en cuando por el lejano mugido de los toros, que los ecos de los montes repetían.

Por lo demás, todos los ruidos nocturnos que se oyen en los campos en las primeras horas de la noche habían cesado ya, dando lugar a ese silencio solemne que predispone el ánimo a la superstición y a los temores.

Los dos jóvenes galoparon durante un cuarto de hora sin dirigirse la palabra: ambos iban engolfados en sus propias meditaciones, que la calma de aquella hora favorecía. Al cabo de este tiempo, Pablo pasó del galope al trote y de éste al paso poco después. Emilio disminuyó también la velocidad de su marcha, en la misma proporción que su primo.

—Ya vamos a llegar —dijo Pablo, rompiendo el silencio— y es preciso caminar más despacio, para que el ruido no llame la atención de los inquilinos que viven en los alrededores de las casas con sus pandillas de perros, los que esparcirían la alarma a más de una legua a la redonda.

Ambos se detuvieron después de estas palabras. Hallábanse delante de una de esas tapias bajas de adobones, tan pintorescas en los campos por las hendiduras que a guisa de troneras se dejan al construir las y por las cuales pasan sus ramas caprichosas el quilo y otras silvestres enredaderas.

Allí los dos jóvenes echaron pie a tierra, y Pablo se alzó apoyando un pie en uno de los agujeros de la tapia. Delante de su vista había un potrero de cortas dimensiones, terminado al frente por las altas paredes de adobe que circunvalaban la casa. En un rincón se divisaba apenas un punto oscuro, que era la puerta que comunicaba el potrero con el interior.

—Espérame aquí —dijo Pablo a su primo, pasándole las riendas de su caballo y las del que había traído tirando—; sobre todo, ten paciencia, pues será preciso esperar algún tiempo.

Diciendo esto, el joven saltó al otro lado de la tapia y se dirigió al rincón donde hemos dicho se hallaba la puerta que daba entrada a la casa por la parte de atrás. Emilio siguió a su primo con la vista, sentándose sobre la tapia: le vio detenerse algunos instantes y perderse después tras la puerta, que se abrió y cerró sin hacer el menor ruido.

En esa expectativa transcurrieron diez minutos, durante los cuales Emilio sintió palpar su corazón y llenársele el espíritu de mil funestos presentimientos. A cada instante creía oír ruido de voces en el interior de la casa, y el lejano mugido de las vacas resonaba en sus oídos como el lamento de una voz ahogada por el dolor.

"Si le sorprenden —se decía temblando—, tendrá tal vez que habérselas con los criados de la casa, que le tomarán por un ladrón".

Entretanto, sus ojos se fijaban obstinadamente en la puerta, mientras esta reflexión cobraba cada vez más alarmantes proporciones.

Su vista, acostumbrada ya a la oscuridad, divisó por fin abrírsele la puerta y aparecer un bulto que, proyectándose sobre ella, podía apenas distinguirse. Pero el bulto continuó avanzando hacia él y empezó a dibujarse mejor, a medida que se aproximaba. En la mitad de la distancia, Emilio percibió distintamente dos personas: un hombre y una mujer.

Entonces sintió desvanecerse, como por encanto, sus temores y dilatársele el pecho con la vuelta de la tranquilidad. Pero no bien experimentaba esta consoladora sensación, cuando resonó en el aire el estampido de un tiro, y sus ojos, que seguían el movimiento de las dos personas que avanzaban, vieron caer a una de ellas, y oyó un gemido que fué a confundirse en los cerros con los ecos de la detonación. ;

IX

Dió un suspiro, mientras don Alvaro buscaba su espadín que al entrar se había quitado. Sólo en ese momento notó éste que la mesa en que acababan de comer había desaparecido.

—¿Qué buscáis, caballero? —preguntó Juana.

—Un espadín que aquí dejé al entrar.

—Lo hallaréis en la antesala —dijo ella.

Álvaro saludó al despedirse y salió de la pieza.

Apenas había entrado en la antesala, la puerta por la que acababa de pasar se cerró con violencia.

Cuando el marqués, después de mirar a esa puerta, quiso ponerse en busca de su espadín, vió entrar dos hombres negros, armados con largos puñales, y antes que pudiese examinarlos, ambos se abalanzaron sobre él con feroces miradas y ademanes.

El marqués saltó sobre una silla con una agilidad que desconcertó a los negros.

—¡Por vida de Cristo! —exclamó—, parece que la leyenda popular sobre esta chica no anda tan descaminada.

Los dos negros, sin decir una palabra, se arrojaron contra él; pero don Alvaro les asestó tan vigoroso golpe, casi a un tiempo a cada uno, que ambos rodaron por tierra.

El marqués quiso entonces apoderarse del puñal de uno de ellos, mas no le dió tiempo el otro, que se incorporó al momento y le obligó a ponerse de nuevo en la defensiva.

Trabóse entonces con furor una lucha desesperada, en la que el marqués asestaba terribles golpes a sus agresores, burlándose al mismo tiempo de su poca pericia para evitarlos.

—De mala ralea sois, cuando tan poco os sirven los puñales —les decía.

Y mientras hablaba, descargaba golpes, y con tal agilidad se movía, que los negros principiaban a flaquear.

Más de diez minutos habían transcurrido de este modo, durante los cuales ni el marqués ni los negros habían podido oír fuertes golpes dados a la puerta de calle y después un ruido de voces en el patio.

Con gran sorpresa vió entonces don Alvaro volar en astillas un hoja de la puerta que conducía al pasadizo por donde había entrado en la antesala, y entrar en tropel en ésta, a su criado con los encapados de la policía y tras ellos don Martín Osorio.

No olvidemos que don Martín era la persona a quien el criado del marqués tenía encargo de llevar dos botellas, que según dijo don Alvaro, había en su maleta.

Los encapados se apoderaron fácilmente de los negros que opusieron muy poca resistencia, mientras que Juan se acercó a su amo como buscándole las heridas que suponía hubiese recibido en la lucha que acababa de sostener.

—A tiempo llegas, Juan —díjole el joven—, porque estos malditos negros desplegaban gran conato de extinguir conmigo la noble casa de los marqueses de Araya.

No era un hecho casual la llegada del criado del marqués, de don Martín Osorio y de los encapados que le acompañaban.

Oportunamente dijimos que Juan había seguido a su amo hasta verle entrar con la tapada en una casa.

Y como uno de los de la plaza mayor hubiese advertido a Juan que su amo corría algún peligro, Juan volvió inquieto a la casa en que el marqués de Araya se hospedaba y entró en ella más preocupado de lo que había visto que del encargo que llevaba.

En tal disposición de espíritu, abrió la maleta de su amo, y después de buscar las consabidas botellas hasta en los pliegues de las camisas, arribó a esta conclusión, que formuló en voz alta, sentándose meditabundo al lado de la maleta.

"¡No hay tales botellas!".

Mas, a fuerza de pensar sin discurrir arbitrio que de su perplejidad le sacase, ceso ésta y su cuidado también, al ver un par de pistolas que en la maleta se hallaban y en el cual Juan, por ser pistolas y no botellas, no había parado mientes al principio.

Aquello de la asociación de ideas, puso al mismo tiempo en su mente la del peligro de su amo y la de que éste, por no decir pistolas delante de la tapada, había dicho botellas, confiándose a la viveza de su ingenio.

Sin más reflexión, cogió Juan las armas consabidas y fuése corriendo a llevarlas a don Martín Osorio, que era compatriota del marqués, vecindado en Lima desde largos años.

Con voz cortada por la agitación de la carrera, refirió Juan a don Martín lo que acontecía, sin olvidar la advertencia que uno de los jóvenes de la plaza le había hecho al pasar.

Don Martín se golpeó la frente, caló el sombrero y salió con Juan en busca de los encapados a quienes condujo a casa de Juana Mendoza.

Ya les vimos llegar, como caídos del cielo, a tiempo que el marqués estaba a punto de triunfar de los negros que le acometían.

Aquí tiene, Vuecelencia, las botellas —dijo Juan con aire de triunfo al marqués, pasándole las pistolas.

—Guárdalas, que ya no tengo sed —le contestó el marqués, riéndose.

Entretanto, los encapados tenían invadida la casa entera y apresadas a Juana Mendoza y a las dos mulatas que la servían.

—Alvaro se acercó a Juana, que permanecía en medio de cuatro encapados, con la frente erguida y la mirada tranquila.

—Mal pago reservabais, señora, a mi cariño —le dijo en voz baja—; pero os juro que le conservaré sincero a pesar de lo sucedido y que haré por salvaros cuanto de mí dependa.

—Gracias, marqués —contestó Juana con voz dulce—: no deseo salvarme. En cuanto al pago que di a vuestro cariño, culpád a mí destino que así me lo ordenaba y al vuestro que os puso en mal hora junto a mí.

—Fatal destino es ése, Juana, y en pago del peligro en que pusisteis mi vida, deberíais revelarme ese misterio.

—¿Para qué? No penséis mas en mí don Alvaro, sino para maldecirme.

—No para maldeciros, mas para amaros he de pensar en vos —repuso con pasión el marqués.

Los ojos de Juana se humedecieron ligeramente.

—Buscad modo de entrar en la prisión en que han de encerrarme —dijo— y allí todo lo sabréis.

Algunos encapados que hacían las últimas pesquisas llegaron a la sazón y todos salieron de la casa.

Juana a una prisión, con los negros y las mulatas de su servidumbre.

El marqués de Araya con don Martín y Juan, que a su amo miraba como a un resucitado, para la casa del primero.

Juana iba serena en medio de los esbirros y arrastraba impávida las curiosas miradas y los dichos insultantes de la turba que desde la casa la seguía.

El marqués, apoyado en el brazo de Don Martín, caminaba pensativo, y a la

característica animación de su rostro había sucedido el sombrío aspecto de una profunda tristeza. Juana, al entrar en la prisión, decía, como únicamente preocupada de ello:

"¡Valiente y buen mozo es!".

Y don Alvaro suspiraba:

"¡Pobre Juana!".

Profunda sensación causó en Lima la aventura del marqués de Araya.

Los hombres, con su característico egoísmo, dedujeron de ella que se habían

escapado de una muerte segura, con huir de los encantos de Juana.

Las mujeres, aficionadas naturalmente a lo romanesco, dieron al marqués las proporciones fantásticas de un paladín de los tiempos heroicos.

Hubo, por consecuencia, muchos corazones que latieron bajo el corsé, o el corpiño por el hermoso paladín y no hubo pocas manos torneadas que hicieron uso de la pluma para convidarle a misteriosas entrevistas de amor, que así resplandece un hecho de varonil denuedo en toda sociedad femenil, como la luz que con fuerza irresistible atrae a su foco a las mariposas, que en ella van a quemarse las alas.

Pero Alvaro se mostraba indiferente, tanto a la miradas seductoras de las unas, cuanto a las tiernas querellas de las otras, porque Alvaro pensaba sólo en Juana Mendoza.

Su robusta organización moral necesitaba otra igualmente dotada, cómo la de Juana, para salir de triviales galanteos y entrar de lleno en el campo abrasado del amor verdadero. Así fué que la imagen de esa niña se grabó en su pechó con porfía.

Y el amor del marqués era lógico con su carácter turbulento: érale imposible amar con el contemplativo amor que exhala sus cuitas en melancólicas estrofas. La acción era su vida y le mataba la inmovilidad.

Por esto se puso inmediatamente en busca de los medios necesarios para comunicarse con Juana.

Su alto rango le había puesto desde su llegada a Lima en contacto con el virrey. Pero éste, en vez de servirle, le dió la noticia de que Juana había sido reclamada por el Santo Oficio.

—¿Qué tiene que ver con ella este santo tribunal? —preguntó Alvaro, no pudiendo reprimir su impaciencia, al oír la fatal nueva que el virrey le daba.

—Se acusa a Juana de hechicera, —contestó don Antonio Amat.

—A fe que lo es más que mujer alguna en la tierra, —exclamó el marqués—; pero sus hechizos son de esos que empleó Eva y que todas sus hijas aspiran a saber emplear.

Retiróse de allí don Alvaro desesperado; pero hubo gentes caritativas que le enseñaron otro camino para llegar a su fin.

—Bien pueden resistirse al virrey, —le dijeron—; mas no se resistirán a la Perricholi.

El marqués llegó a casa de la Perricholi situada en la alameda vieja: llevaba más recomendaciones que cartas de ellas suelen guardar en sus maletas los viajeros en nuestros días; sus ojos y sus bigotes le abonaban.

La Perricholi le recibió con cariño y le prometió conseguirle una entrevista con Juana.

Tres días después de la aventura, entraba, con efecto, el marqués de Araya en la prisión de la niña.

Durante esos tres días, su repentino amor había ocupado tiránicamente su corazón. De manera que al verla, sentada en una mala silla de paja, vestido el hermoso cuerpo con un traje oscuro, y suelto el ondeado cabello, formando marco de ébano al rostro, Alvaro corrió hacia ella y se encontró a sus pies antes que Juana hubiese tenido tiempo de levantarse.

El saludo del joven fué un beso ardiente estampado en las manos de la niña. Beso de tal ternura como aquel que, dado en Cantón, cuenta un poeta moderno, sintió repercutir en Cádiz un hombre de corazón.

—¡Vos a mis plantas, marqués, cuando debierais maldecirme! —exclamó Juana.

—Si mi boca quisiera maldeciros, Juana, le negaría palabras el corazón que os ama —contestó Alvaro.

Contáronse entonces con la vista, en una mirada sola, cuánto habían sentido sus corazones en aquellos tres días.

—Entonces, ¿me amáis de veras? —preguntó ella con apagada y trémula de emoción.

—Como nunca amé en mi vida.

—¡Extraño amor, marqués!

—Y por ser extraño, Juana, es más profundo.

—¿Olvidáis que intenté asesinaros?

—¿Qué te importa? Ni recordarlo puedo, porque al separarme de vos, dejaba mi alma al amor de esos verdes ojos que quiero llamar míos.

—Culpa mía fué no creerlos, don Alvaro —dijo Juana, con acento de intensa melancolía.

—¿Y ahora me creáis?

—Mucho, mi mala estrella.

—¡Ah! ¡No podéis amarme! —exclamó, levantándose el marqués, con desesperado ademán.

Juana dejó la silla en que había permanecido sentada y la ofreció a don Alvaro.

El altanero marqués obedeció con la docilidad del esclavo y Juana se sentó a sus pies.

—Así quiero contemplaros —le dijo.

—¿Me amáis, pues?

—Marqués, ¿sabéis que debo morir?

—No moriréis si yo vivo.

—Cuando me hayáis escuchado veréis que tengo fundamento para desear la muerte.

—¿Por qué?

—¡Oídmel, voy a revelaros lo que al tribunal del Santo Oficio no he querido confesar. Acaso vos, que me amáis, me absolveréis, ya que no quiero el perdón de los hombres ni puedo confiar en que lo tenga de Dios.

—Hablad, Juana, os escucho con el alma —dijo el marqués, pasando con cariño una mano sobre los crespos cabellos de su amada.

Juana dijo:

IX

—Hay corazones, don Alvaro, que no pueden sentir a medias: el mío es de éstos y lo veréis por mi historia:

"Me crié al lado de mi padre que era platero de oficio y viudo desde que nací, pues dándome a luz, cerró a ella sus ojos mi madre para siempre.

"Cuidaba mi padre de mi virtud como de un tesoro, y a fin de cultivarlo, me dedicó su vida, a pesar de que era joven todavía cuando mi madre murió.

"Un día, para distraerme, me llevó al colegio de San Carlos a presenciar los exámenes de los estudiantes: figuraos qué impresión causaría en mi pecho un joven de veinte años, casi tan hermoso como vos, que se sentó a mi lado y me habló largo rato, espiando las ocasiones en que mi padre se distraía. Hasta entonces, cuando contaba yo diecisiete años de edad, no había hablado con más hombres que mi padre y los dos negros de quienes con tanto valor os defendisteis en mi casa.

"En la noche oí en sueños la voz de Francisco y vi su imagen rodeada de vapores luminosos. Al día siguiente oí despierta su voz y estaba sola, y vi también su imagen cuando nadie había a mi lado.

"Una de las mulatas que nos sirvieron a comer, tres días ha, me trajo una carta de Francisco. Esa carta, diciéndome lo que sentía por mí, me revelaba lo que yo por él estaba sintiendo.

"Si no amase, díjeme convencida con esta reflexión ingenua, ¿cómo podría adivinar lo que pasa en mi corazón, con sólo contarme lo que hace latir el suyo?

"Nuevas cartas sirvieron de pábulo de fuego de nuestro amor y yo, que hasta entonces sólo vivía para mi padre, dejé, poco a poco, de preocuparme de él. Tirano sentimiento es ése, don Alvaro, que así sienta su imperio en los corazones y aparta, cual si fueran maleza, las flores del cariño puro que con tanta ternura cultivamos desde la niñez. Si al principio fui dejando de pensar en mi padre, después sólo lo

—¿Habéis olvidado ya lo que acabo de referiros? —le preguntó la niña, mirándole con admiración.

—Quiero olvidarlo porque os amo.

—Jamás lo podríais.

—Siento, Juana, que os amo tan de veras, que tendría con este amor el poder de purificaros de vuestros crímenes, —dijo el marqués de Araya, con ese acento de la pasión que arrastra, con la fuerza de torrente, escrúpulos, preocupaciones, creencias y hasta borra el desprecio cuando ella se desata en ciertos pechos, nacidos para sentir con vehemencia.

Juana levantó al cielo los ojos y murmuró:

—¡Dios mío, no me neguéis vuestro castigo: hacedme morir!

El marqués se acercó a ella con los ojos encendidos por la desesperación.

—Pues bien —le dijo—, yo os haré vivir a pesar vuestro.

—Inútil tentativa, marqués; ¿creéis que a la que así no tiembla delante de la muerte le faltaría valor para quitarse la vida con su propia mano?

—¡Ah!, ¡entonces no tenéis compasión de mí! —exclamó el marqués, arrojándose sobre la silla con desesperación.

Juana corrió hacia él, púsole sus lindas manos en la frente, confundió por un momento su poderosa mirada con la del joven, y le dijo con un acento que partía de su alma de fuego:

—¿No veis que quiero morir porque os amo, Alvaro? ¿No veis que Dios no podría permitir que burlasen su alta justicia, dejando que yo, asesina de mi amante, asesina de dos hombres inocentes, además, yo, que, en vez de respetar sus divinos mandatos, me rebelé contra su ley y quise constituirme en juez de sus designios, entrase así, con las manos teñidas de sangre, al santuario de un amor casto como únicamente lo comprendo? ¿No veis, marqués, que ese Dios justiciero me envía este amor como un castigo y me hace ver con él que, por mi orgullo insensato, me cerré para siempre las puertas del paraíso que vos queréis abrirme?

—Rogaremos juntos a Dios para implorar su clemencia —dijo el marqués, besando con amoroso respeto las manos de la niña.

—No mezcléis con la mía vuestra voz, Alvaro, porque no podría llegar al trono del Eterno; si me amáis, rogad solo por mí y dejadme morir con el consuelo de haber encontrado un alma generosa para absolverme en la tierra.

Quiso replicar el marqués de Araya, pero un carcelero se presentó en el calabozo y le intimó la orden de salir.

—Adiós, Alvaro —le dijo Juana— ¿por qué no quiso el cielo que os hallase al principio de mi vida?

El marqués no pudo reprimir su emoción y tuvo que secar las lágrimas que se desprendieron de sus ojos. Si en ese momento Juana le hubiese dicho que la salvara, él no habría retrocedido delante de un crimen. Aquella criatura, a quien la naturaleza había revestido de una gracia física admirable, que acababa de revelarle un alma llena de insondables misterios y que, criminal por el amor, principiaba a purificarse en ese mismo fuego, turbaba su cerebro y hacía rugirle el corazón dentro del pecho, como una fiera hambrienta a la que han encadenado en presencia de su presa.

El marqués se acercó al carcelero y poniéndole una bolsa llena de oro en las manos:

—Un momento —le dijo—, voy a salir.

—Señor, daos prisa y no me espongas a un castigo —contestó el carcelero, juntando la puerta.

Corrió el joven hacia Juana y la estrechó con frenética exaltación entre sus brazos.

—No me quitéis la esperanza —le dijo con suplicante voz—, dejadme hacer cuanto pueda para salvaros y os consagro mi vida entera.

—Os amo ya, os admiro demasiado para imponeros tan horrendo sacrificio; no intentéis luchar contra la voluntad de Dios —contestó ella con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah, no tenéis entrarías! —exclamó él.

—Marqués, vuestro amor ha despertado mi conciencia.

—Juana, no podré vivir sin vos.

—Ilusiones, Alvaro; lo extraño de mi vida ha ofuscado vuestra imaginación. ¡Ah, no me maldigáis al despertar!

—Maldigo entonces la defensa que hice para sustraerme a la muerte que me preparabais.

—Idos, idos, Alvaro, tened compasión de mí —exclamó Juana, huyendo de los brazos del marqués.

El carcelero volvió a presentarse y el marqués de Araya dió una tristísima mirada de adiós a la extraña criatura de cuyo lado le faltaban fuerzas para arrancarse.

XII

Salió el marqués de la prisión con el alma desgarrada y más poderoso que al entrar el súbito amor que Juana la había inspirado.

Varios días empleó en realizar su intento de obtener el indulto de Juana. Perdida la esperanza de lograrlo, se entregó a formar quiméricos planes de evasión, imposibles de realizar, y determinó por fin atacar a mano armada la fuerza que custodiase a Juana el día señalado para el suplicio. Mas sus tentativas escollaron también en este terreno como en los otros: nadie se atrevía a entrar en su temeraria empresa a pesar de sus locas ofertas de dinero, pues el temor a la Inquisición podía más que la codicia.

El Santo Oficio había condenado a Juana a ser quemada; a perpetua prisión a los dos negros, y a más ligera pena a las mulatas.

El día fijado para el auto de fe y mientras un inmenso gentío, ávido de aquellos vergonzosos espectáculos, llenaba la plaza, el marqués de Araya recibió una carta abierta que contenía las palabras siguientes:

"Me habéis dado, marqués, el poder de arrepentirme y la gloria de ser amada con sinceridad. ¡Gracias mil veces por vuestro amor!; él me servirá de amparo para implorar la misericordia de Dios, ante quien os ruego alcéis la oración en favor de la que también os ama.

Juana Mendoza"

Mientras Alvaro Fernández, marqués de Araya, lloraba de ternura y de despecho sobre aquellas sentidas líneas, Juana exhalaba el último aliento con la resignación de los mártires.

FIN